



# Reseñas críticas

*A propósito de Alejandro Dujovne, Una historia del libro judío. La cultura judía argentina a través de sus editores, libreros, traductores, imprentas y bibliotecas, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2014, 302 pp.*

En su reciente trabajo, Alejandro Dujovne aborda el surgimiento, consolidación y posterior declive de la edición judía en Argentina, constituyéndola como un campo de análisis. Teniendo en cuenta las complejidades y transformaciones del espacio que conformaron distintos actores tales como editores, editoriales, escritores, traductores, intelectuales, agrupaciones políticas y culturales, imprentas y bibliotecas, Dujovne describe y analiza las condiciones que permitieron que estos actores e instituciones se relacionaran entre sí, enmarcados en un contexto local y transnacional que se ubica entre principios del siglo XX y los años setenta. En este sentido, el autor analiza los modos de producción y de circulación de las ideas y las letras judías materializadas en libros y vehiculizadas por los mediadores que conforman este espacio social, y considera así el proceso en su complejidad.

Desde los comienzos del siglo XX, fruto de las oleadas migratorias europeas de habla *idish* provenientes del Imperio Ruso, pasando por la consolidación de Buenos Aires como importador de textos, exportador de libros y como uno de los principales centros del libro judío a nivel mundial luego de la Segunda Guerra, el recorrido del libro llega hasta delinear la caída de la edición judía en la Argentina de los setenta, producto de un creciente desinterés de los lectores, una radicalización política de la juventud judía y ciertas condiciones económicas desfavorables para la edición. Desde una perspectiva histórica y sociológica basada en un exhaustivo trabajo de archivo y entrevistas, el autor analiza los espacios, posiciones, relaciones de dominación y disputas políticas y culturales entre los distintos actores que conforman el complejo mundo del libro judío.

En su trabajo, Dujovne realiza dos contribuciones importantes. Por un lado, aporta al cam-

po de los Estudios Judíos, al reconstruir el devenir de la cultura judeo-argentina desde su heterogeneidad. Al analizar las formaciones de escritores, intelectuales, editores, traductores, dirigentes y activistas desde sus trayectorias, sus prácticas y sus posicionamientos que derivaron en la conformación de libros y proyectos editoriales, el estudio permite dar cuenta de cómo la comunidad judía se insertó y asimiló la cultura nacional y la vida política del país, desarrollando sentimientos de pertenencia y resignificando sus lazos con lo judío. Estos movimientos no se llevaron a cabo sin tensiones y disputas, y atravesaron sucesivas facetas al compás de procesos históricos, tales como los sucesivos gobiernos y coyunturas económicas locales, las marcas provocadas por la Revolución Rusa, las guerras, el Holocausto y la conformación del Estado de Israel.

Por otro lado, este trabajo contribuye a consolidar el campo disciplinario de los Estudios sobre el Libro y la Edición en la Argentina. Como dice Pierre Bourdieu, el libro es un objeto de doble faz, económica y simbólica; y en este sentido la cultura judía le asigna un valor central, como artefacto cultural que porta y distribuye valores e ideas que conforman y fortalecen los sentimientos de pertenencia a la comunidad. Retomando los trabajos de autores clave en este campo —como Bourdieu, Darnton, Chartier, Sorá, de Diego y otros que han profundizado esta línea de trabajo en el país—, Dujovne analiza el entramado social en donde se producen y circulan los libros, con sus mediaciones y disputas por un capital específico que giran en torno a la definición legítima del libro judío. Más allá de la importancia del análisis discursivo y de contenido de los textos, el estudio de sus soportes materiales y las mediaciones que implica su circulación son factores centrales para aportar al conocimiento de la producción cultural contemporánea y de la comunidad judía en Argentina en particular, encarnada en libros, actores e instituciones.

Los siete capítulos recorren distintos momentos de la edición judía en Argentina, hegemonizada por editoriales de distintas tendencias:

izquierdistas, liberales-seculares y sionistas. En ellos se puede ver cómo la historia judía nacional, lejos de ser una experiencia homogénea, se conformó como terreno de tensiones y luchas políticas y culturales que se manifestaron de modo específico en el terreno editorial. Pero además, cada capítulo aborda distintas dimensiones de análisis relacionadas con los estudios sobre editoriales: la circulación transnacional y local de libros, la traducción como política cultural, las condiciones sociales, económicas y políticas que permiten determinados modos de producción y circulación de libros por parte de distintas empresas, el análisis de catálogos, la identificación de una geografía de la edición y de la cultura impresa judía y el problema de la definición legítima del libro judío. A partir de estas dimensiones analíticas, el libro de Dujovne en su conjunto constituye una herramienta metodológica importante para quienes abordan el mundo editorial como un objeto de análisis.

Desde el primer capítulo, el autor afirma que no es posible construir un mapa histórico del libro judío argentino sin atender la dimensión transnacional de la circulación de las ideas. Así traza un panorama de la edición judía a nivel mundial, desde la invención de la imprenta hasta mediados del siglo XX, momento en el que ésta comienza a desarrollarse en Argentina. Ilustra el devenir de la edición en *idish*, la lengua popular que caracterizó el vínculo entre askenazíes europeos hasta el Holocausto, desde la problemática inserción de los judíos en los Estados-Nación. Dujovne recorre los movimientos políticos y culturales que disputaban en torno al idioma, la nación, el territorio y la clase. Como un campo con posiciones jerárquicas, el mapa editorial judío se organizaba en torno a Varsovia, con presencia creciente en Berlín y Nueva York. El cambio en la política soviética respecto a la comunidad judía desde el estalinismo, el Holocausto —con la desaparición de Polonia como eje— y la creación del Estado de Israel en 1948 —con la militancia sionista por el hebreo— fueron factores que incidieron negativamente en la cultura *idish* y en la geografía editorial transnacional, que pasó a tener otros centros y otras lógicas.

En el capítulo dos Dujovne estudia a los actores relacionados con el libro en *idish* en Buenos Aires, poniendo de modo manifiesto ciertas disposiciones hacia la cultura impresa por parte de la heterogénea comunidad judía local. En este terreno, los libros eran entendidos como objetos de disputas políticas a la vez que elementos de integración cultural. Durante el período de entreguerras, Buenos Aires fue un centro subordinado por la elevada importación de libros en *idish*. Pero luego del Holocausto el mapa editorial cambió radicalmente, convirtiendo a la ciudad en uno de los principales polos productivos. Las editoriales judías se fundaron por un “deber de memoria”, con el valor simbólico agregado que ocupaba el *idish* como lengua y cultura de pertenencia que debía reconstruirse. Así surgieron editoriales como *Dos Poylishs Idntum* y *Musterverk* (idishistas laicas) y la editorial de la Federación de Asociaciones Culturales Israelitas (comunista), que publicaron literatura y ensayos en *idish*. Dujovne analiza los vínculos institucionales, el financiamiento, las motivaciones y trayectorias, su catálogo y la circulación a nivel local y transnacional de las principales editoriales *idish* en Argentina.

Las traducciones del *idish* al español, protagonistas del capítulo tres, fueron un intento por legitimar la presencia judía en el país y por transmitir la cultura a los jóvenes judíos que no conocían el idioma de sus padres. Siguiendo la línea de trabajo iniciada por Bourdieu, Sapiro y Heilbron, Dujovne considera a la traducción como una operación central para analizar la circulación internacional de las ideas y los usos que se realizan de los textos. La selección que realiza el editor que se propone traducir y publicar una obra determinada, daría como resultado que determinadas editoriales se adjudiquen el “descubrimiento” de un autor extranjero. Entre 1919 y 1938 aparecen numerosas editoriales, como la de la Sociedad Hebrea Argentina y Judaica, el prolífico traductor Salomón Resnick y el mítico editor Manuel Gleizer (en un sello no judío) como actores centrales del “aparato importador”. Los intereses específicos que tenían estos actores estaban relacionados con la presentación de la cultura judía en clave moderna, como una contribución a la integración social y cultural de los judíos y como una estrategia simbólica (y comercial) relacionada con la difusión de la cultura *idish*, a partir de la traducción de los padres de esta literatura, entre los que se encontraban I. L. Peretz, Sholem Aleijem y Sholem Asch.

Los dos capítulos siguientes también tratan sobre el libro en castellano, y se focalizan en la creciente hegemonía del sionismo desde

pocos años antes de la creación del Estado de Israel. El proyecto sionista se hizo fuerte entre las principales instituciones judías como AMIA y DAIA —subordinando al integracionismo liberal— pero fue fragmentario en cuanto a establecer una política editorial. Las discusiones políticas coyunturales en torno al sionismo y a la posición de la comunidad local ante el Estado de Israel se expresaron menos en los sellos institucionales que en la prensa periódica judía, atenta a los debates más inmediatos, con menos recursos económicos invertidos. Sin embargo, surgieron iniciativas privadas como la Editorial Israel y Candelabro (culturales sionistas), Sigal (religiosa) y Acervo Cultural (cultural). Ante la fragmentación comunitaria institucional en cuanto a la política del libro, estas empresas editoriales asumieron un rol importante en las disputas político-culturales, interviniendo en el debate público sin descuidar el aspecto comercial de sus proyectos. Con esto Dujovne introduce el problema acerca de la autonomía del espacio editorial, condicionada por las relaciones de los actores con la política, la vida institucional y el mercado de libros.

En el capítulo cinco específicamente, el autor realiza el ejercicio de analizar en profundidad el caso de la Editorial Israel, una de las más importantes que asumió el proyecto sionista, desde dos grandes dimensiones: la trayectoria de sus editores y su catálogo. Las trayectorias de José Mirelman y Máximo Yagupsky —sus posicionamientos económicos, sus competencias intelectuales, sus convicciones políticas y el crecimiento y puesta en juego de su capital social— intervinieron en las elecciones del catálogo de la editorial, vinculado a la importación y traducción de literatura hebrea. La apuesta de la editorial por el sionismo como elemento de identidad nacional judía es trabajada por Dujovne como una materialización de un proyecto cultural ligado a los itinerarios de sus editores, las relaciones que forjaron y las transformaciones del contexto político a partir de la creación del Estado de Israel.

El capítulo seis se ocupa de los actores encargados de la circulación, a partir de un mapa amplio que muestra cómo librerías, bibliotecas e imprentas se concentraron geográficamente en el barrio de Once, por una motivación comercial y por las relaciones que se construyeron entre los actores. El análisis de este espacio permite identificar las lógicas específicas que se pusieron en juego, cimentadas por las relaciones que establecieron los actores e instituciones. Librerías especializadas como Sigal y Kaplansky se conformaron

como espacios de referencia para la circulación de libros y publicaciones periódicas judías. A estas se les sumaron las bibliotecas, con una vinculación histórica con los movimientos políticos y como espacios de integración comunitaria. A su vez, las imprentas funcionaron como los actores “técnicos” imprescindibles para que editoriales, bibliotecas y librerías pudieran ser reconocidas como espacios para la producción y circulación de libros judíos, referenciadas en el barrio de Once, casi como condición de posibilidad para obtener la valoración que los legitimara en el campo de la cultura impresa judía.

Por último, el capítulo siete analiza la feria “Mes del Libro Judío” organizada por AMIA, y considerada por el autor como un acontecimiento central para la vida cultural judía porteña. Dujovne analiza este evento iniciado hacia 1947 a partir de tres dimensiones: la político-institucional, la idiomática —en cuanto a los libros vendidos— y la cultural. En la oferta de libros de la feria aparecían manifiestas las luchas que recorrieron la cultura judía en Argentina: las disputas políticas e institucionales entre los sectores de izquierda marginados a costa de la hegemonía sionista, el crecimiento del hebreo (ya como lengua nacional judía) y el paulatino declive del *idish* entre los cuarenta y los setenta, y los conflictos por la definición legítima del libro judío, al participar de dicha feria una serie de editoriales no judías, con colecciones y temáticas afines.

A modo de balance, el libro de Alejandro Dujovne logra reconstruir la historia del libro judío en Argentina, a partir de la heterogeneidad de su historia, construida y nutrida por relaciones de poder y disputas políticas y culturales. Con una articulación de capítulos que dan cuenta de las distintas etapas que refieren a los estudios sobre la mediación editorial, el libro deja planteadas preguntas para futuras investigaciones. Principalmente, sería interesante poder llevar a cabo un estudio acerca de los modos de lectura de las ediciones abarcadas, poniendo necesariamente en relación las etapas de producción y circulación con las de consumo y recepción. Retomando las dos contribuciones señaladas al inicio de esta reseña, el análisis del lugar del objeto-libro en la cultura judía está pensado desde las prácticas y representaciones de los actores en un contexto que brinda un marco de acción específico. En este sentido, Dujovne logra dar cuenta de cómo los editores, con sus trayectorias, motivaciones y capitales, se apropiaron de determinadas ideas y textos, las materializaron en libros y las hicieron públicas, en el mar-



co de luchas por un capital específico que permitieron estructurar un espacio social.

**Ezequiel Saferstein**  
(CeDInCI-UNSAM/CONICET)

A propósito de Moyn, Samuel & Sartori, Andrew (eds.), **Global Intellectual History**, New York, Columbia University Press, 2013, pp. 342.

“El triunfo de la civilización en singular no supone el desastre de los plurales. Plurales y singulares dialogan, se agregan y también se distinguen...”. En este enunciado de Fernand Braudel se condensa, en buena medida, la problemática relación entre unidad y diversidad como punto de partida de un debate respecto de los efectos de la globalización/mundialización en las Ciencias Sociales y Humanas. Los debates sobre la vigencia de una historia mundial, internacional, transnacional o global no han dejado de multiplicarse a partir de la década de 1990. Como lo advierten Samuel Moyn y Andrew Sartori en la introducción de su libro, esas consideraciones lejos están de ser novedosas. Especialmente la historia intelectual se presenta como un ámbito donde las perspectivas “naciocéntricas” han sido dominantes.

La compilación **Global Intellectual History** ofrece una hoja de ruta posible para recorrer los distintos avances realizados desde la historia intelectual, en relación a las dimensiones espaciales y temporales que supone su práctica. El libro organizado por Moyn y Sartori, que es el resultado de una serie de conferencias realizadas en New York en 2010, pone de manifiesto buena parte de los desafíos propios de las reflexiones que toman la categoría de “lo global” más como un supuesto conceptual que como un punto de llegada de la investigación. El capítulo inicial “Approaches to a Global Intellectual History”, sirve de marco general sobre el cual se recortan las aproximaciones específicas que completan el resto del volumen. Moyn y Sartori señalan allí los principales antecedentes de una “historia intelectual global” a la luz de la tradición “excepcionista” que campea en la producción historiográfica estadounidense. El descentramiento respecto de los casos nacionales contribuiría, a su vez, con una ampliación de los objetos de estudio: de una “historia de ideas” a una indagación sobre el rol de los mediadores culturales, la constitución de redes de contacto, la importancia de la traducción y el cambio conceptual. (p. 9).

La centralidad de las trayectorias sociales de los intermediarios culturales es explorada por

Vanessa Smith y Janaki Bakhle. Smith, en la línea de Mary Louise Pratt, analiza la literatura de viajes a fines del siglo XVIII en el caso de Joseph Banks y sus viajes por el Pacífico. Smith sostiene que antes que una figura intelectual destacada, Banks fue un agente central en la difusión de saberes, prácticas culturales y lenguajes dada su capacidad de colocarse como vértice de una “red de conocimiento” que nucleaba la metrópolis y los diversos territorios por él visitados (p. 82). Bakhle, en su texto sobre el intelectual nacionalista indio Savarkar, enfatiza la importancia de estudiar aquellas “ovejas negras”, figuras intelectuales y políticas apartadas del canon académico y cultural.

La problemática específica sobre la historia de los conceptos es abordada por Sheldon Pollock, Christopher L. Hill, Cemil Aydin y Andrew Sartori. En los cuatro textos, las reflexiones buscan poner en discusión nociones caras a la tradición occidental a partir de los límites que la escala global les impone. En la línea de Ann Laura Stoler, Dipesh Chakrabarty y la crítica postcolonial, los autores delimitan los retos que plantean los procesos de irradiación de conceptos en universos sociales diferentes a aquellos donde fueron producidos. Pollock discute los alcances de un concepto como el de modernidad cuando es pensado desde realidades como la de India, identificando diversos modos de “cosmopolitismo premoderno” articulados por el sánscrito. En términos similares, Aydin propone una indagación de la “identidad musulmana” como categoría que permitió reunir colectivos de regiones y tradiciones culturales diferentes en torno a una religión común. Hill, por su parte, rastrea los derroteros de conceptos europeos tales como “civilización” o “sociedad” en su recepción japonesa durante el período Meiji. Finalmente, Sartori a partir de su investigación sobre la “diseminación de los textos canónicos de la economía política” en India y el sureste asiático, reclama la necesidad de precisión empírica de los contextos de recepción del materialismo histórico en ámbitos de dominación colonial. Esos contextos, sostiene, suelen ser presupuestos desde la mirada occidental. Una “historia de los conceptos de la economía política” debería atender a las lógicas específicas de recepción más allá de las disciplinas y a las re-elaboraciones localizadas de aquellos saberes.

El volumen concluye con dos reflexiones finales a cargo de Sudipta Kaviraj y Frederick Cooper. Ambos casos presentan balances sobre las perspectivas futuras de una historia intelectual global aunque con diagnósticos y

horizontes diferentes. Kaviraj invita a recolectar las preguntas clásicas de los estudios sobre intelectuales e ideas bajo el nuevo prisma que ofrecería la reconsideración de una “globalidad de diferentes ritmos y niveles”, proceso de universalización de saberes y prácticas que podría rastrearse, como lo hace Stuurman en su capítulo, durante varios milenios. Las peculiaridades de la “globalidad moderna” (p. 301) serían las contradicciones que le son inmanentes, tanto en su extensión territorial sin precedentes como en la variedad de contextos de recepción que se generan. En ese sentido, Cooper llama la atención sobre cuán global es la historia que muchos proclaman. ¿Puede ser “global” la historia intelectual? Cooper parece optar por la *histoire croisée* francesa sensible a los efectos contradictorios producidos por las fuerzas “globalizantes”: mayor interconexión a la vez que mayor fragmentación.

Más allá de los aportes indudables que el libro de Moyn y Sartori reporta sobre los problemas de escala geográfica y los debates metodológicos de una historia intelectual “global”, es significativo el “provincianismo” de las discusiones allí desarrolladas. Con escasa, o nula, referencia a la voluminosa producción allende el mundo universitario estadounidense, el libro queda preso de los límites nacionales que disciplinadamente pretende superar: sólo tres colaboradores no pertenecen a la academia norteamericana. En su afán programático, el libro no muestra fehacientemente la “pluralidad” de perspectivas que los editores anuncian dentro de la historia intelectual global sino, más bien, un coherente concierto de “singulares”.

**Ezequiel Grisendi**  
UNC / IDACOR-CONICET

A propósito de Mariano Siskind, **Cosmopolitan Desires. Global Modernity and World Literature in Latin America**, Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 2014, 357 pp.

En un contexto académico cada vez más dominado por la producción fragmentaria de artículos que se sitúan cómodamente dentro de las fronteras establecidas, la publicación de una intervención crítica que no le teme a cierta totalidad es un acontecimiento feliz y necesario. Ya en el recorte de su objeto **Cosmopolitan Desires**, el fascinante libro de Mariano Siskind, supera los límites estrictamente nacionales al proponer una cartografía de los